

ISSN: 2683-3247

HUMANITAS

REVISTA DE TEORÍA, CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

VOL. 2 NÚM. 4
JULIO-DICIEMBRE
2023



UANL[®]

CENTRO
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

Humanitas

Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios

<http://humanitas.uanl.mx/>

**Crimen, acumulación salvaje y el trópico
veracruzano: las tramas de la “NAFTAficación”
en las crónicas negras de Fernanda Melchor**

**Crime, feral accumulation and the Veracruzean
tropic: the plots of “NAFTAfication” in
Fernanda Melchor’s noir crónicas**

Lya Morales Hernández
King’s College London
Londres, Inglaterra

orcid.org/0000-0002-4055-8362

Fecha entrega: 14-12-2022 **Fecha aceptación:** 20-2-2023

Editor: Víctor Barrera Enderle. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2023, Lya Morales Hernández. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas2.4-54>

Email: lya.morales_hernandez@kcl.ac.uk

**Crimen, acumulación salvaje y el trópico
veracruzano: las tramas de la “NAFTAficación” en
las crónicas negras de Fernanda Melchor**

**Crime, feral accumulation and the Veracruzean
tropic: the plots of “NAFTAfication” in Fernanda
Melchor’s noir crónicas**

Lya Morales Hernández
King’s College London
Londres, Inglaterra
Orcid: [0000-0002-4055-8362](https://orcid.org/0000-0002-4055-8362)
lya.morales_hernandez@kcl.ac.uk

Fecha de entrega: 14-12-2022 / Fecha de aceptación: 20-02-2023

Resumen: El presente artículo explora las formas en las que los aniquilamientos y despojos del capitalismo extractivo que asedian al territorio veracruzano—una región históricamente marcada por la infraestructura extraccionista de la industria petrolera—encuentran expresión en los textos no-ficcionales compilados en *Aquí no es Miami* (2013) de Fernanda Melchor. A través de una lectura de las condiciones materiales que estructuran la crónicas de crimen de Melchor—particularmente los fracasos y crudos residuos de la “petrolización” y la fiebre de privatización neoliberal que han dejado huella sobre los paisajes del trópico veracruzano—el artículo sugiere que el uso y reformulación de los rasgos característicos género negro (sobre todo el emplazamiento

portuario y las icónicas expresiones de oscuridad urbana), permite dar cuenta de los nexos entre la acumulación capitalista y las depredaciones territoriales en la era post-NAFTA. Asimismo, el artículo rastrea nuevas direcciones en la crónica de crimen, particularmente, su desplazamiento de la muy discutida capital mexicana hacia los terrenos provinciales del sur de México, los cuales, reconfigurados como zonas económicas especiales o corredores logísticos, aparecen en estos textos como espacios fragmentados por una desigualdad concentrada, así como por la violenta desposesión y explotación autorizada por la reconversión neoliberal. Al enmarcar este giro de perspectiva en la crónica contemporánea en relación con los violentos asaltos del NAFTA sobre el espacio provincial veracruzano, el artículo sugiere cómo la desestabilización de los registros y domicilios geográficos del noir dentro de la escritura no-ficcional sobre el crimen, permiten escudriñar el brutal control sobre la vida, el territorio y la mano de obra en las periferias extractivas del capitalismo, y de esta forma, revelar las operaciones ocultas del capital que han llevado a la ciudad portuaria de Veracruz a erigirse como sitio privilegiado de violencia y depredación neoliberal.

Palabras clave: Fernanda Melchor; Crónica mexicana contemporánea; Noir; Capitalismo extractivo; NAFTA

Abstract: The present article explores the ways in which the annihilations and overall spoils of extractive capitalism upon the territories of Veracruz—a region historically marked by the extractive infrastructures of oil—are given expression in the non-fictional pieces compiled in Fernanda Melchor’s *Aquí no es Miami* (2013). Through a close reading of the material conditions that structure Melchor’s crime crónicas—mainly, the failures and crude residues of “la petrolización” and the spoilation of agricultural terrains in the landscapes of the Veracruzean tropic—this article suggests that the use of noir environments and devices reconfigured (such as the port city setting and the expressions of urban darkness), attempts to reveal the nexus between energy-driven interests and the territorial predations of the post-NAFTA era. Furthermore, the article seeks to map new directions in the crime crónica, and especially its turn towards the Mexican southern provinces, which, functioning predominantly as special economic zones or logistical corridors, appear in these texts as spaces ruptured by the concentrated unevenness, traumatic dispossession and exploitation enabled by neoliberal structural adjustment programs. Framing this perspectival shift at work in recent crónicas in

correlation to the extractive thrusts of NAFTA, the article suggest that the destabilizing of the generic tropes and settings of noir within crime non-fictional writing allows the crónica to lay bare the brutal management of nature and labour in capitalism's extractive peripheries, and, in this way, render visible the hidden operations of capital that have led to the catastrophic transformation of the port city of Veracruz into one of the ground zeroes of violence and neoliberal predation.

Key words: Fernanda Melchor; Contemporary Mexican Chronicle; Noir; Extractive capitalism; NAFTA

Los crudos residuos del desarrollismo petrolero que subyacen a los devastadores procesos neoliberalizantes que asedian al trópico veracruzano, una región históricamente marcada por la infraestructura extractivista de la industria de hidrocarburos, si bien pueden rastrearse en novelas negras tales como *La cabeza de la hidra* (1978) de Carlos Fuentes, *Morir en el Golfo* (1985) de Héctor Aguilar Camín o *Sombra de la sombra* de Paco Ignacio Taibo II (1986), se manifiestan de forma legible en la obra ficcional y no-ficcional de la escritora veracruzana Fernanda Melchor. Desde el lanzamiento de su obra más celebrada, *Temporada de huracanes* (2017), una “Gulf Coast noir” (Lucas 2020) que toma como centro el asesinato de una figura marginal—conocida sólo como “la Bruja”—en una empobrecida zona rural de Veracruz trastocada de forma violenta por la bonanza petrolera, la escritura de Melchor ha sido leída como inexorablemente atada a la experiencia del capitalismo extractivo en el Golfo mexicano. Como diversos críticos han notado, más allá de ser un *whodunit* en el sentido estricto del género, *Temporada de huracanes* utiliza la misteriosa muerte de la Bruja como una entrada hacia la historia reciente del territorio veracruzano “hit by rampant violence and economic austerity” (Sánchez Prado, 2020). Bailey Trela, por ejemplo, arguye que el texto, lejos de asentarse en un tipo de violencia arcaica o atemporal, vincula las muertes, la violencia sexual, misoginia, pobreza y el abuso de drogas que azotan al pueblo, con “the precarities of life in the 21st century [...] where the primary forces of destruction are, more often than not, economic” (2020). En efecto, los males sociales que aquejan al “trópico negro”—como la escritora misma se refiere a dicha geografía—materializan en la obra de Melchor el oscuro legado petrolero y los impactos económicos y socio-políticos que los embates del capitalismo extractivo han tenido sobre la vida y el territorio en el Golfo de México.

No es casualidad que, en las primeras páginas de la novela, Melchor salte del descubrimiento del cadáver putrefacto de la Bruja a una alusión histórica al periodo de apogeo petrolero en la región—“la petrolización” (1978-1982). La escritora lleva al lector a finales de los años setenta, cuando el paisaje de “cañas, pastos y carrizos que tupían la tierra” (2017: 25) es drásticamente reemplazado por la infraestructura logística que permitiría conectar a la región con los yacimientos de crudo descubiertos al norte del pueblo, creando una ilusión de progreso sustentada en la exportación de hidrocarburos. Sin embargo, este espejismo de desarrollo, prosperidad y progreso nacional se desvanece cuando los precios del petróleo caen a inicios de los años ochenta (la llamada “década perdida”), dejando atrás una serie de “cantinas, posadas, congales y puteros” (ibid.) que sólo servirían para satisfacer a los ingenieros y narcotraficantes que fueron atraídos a la zona por la riqueza petrolífera. La crisis del petróleo y las políticas de shock económico impuestas tras ésta, por lo tanto, allanarían el camino para el depredador despojo neoliberal y el brutal ascenso del narcotráfico en la región en la década siguiente, una reestructuración tan radical que, como alegoriza Melchor, es atribuida por sus pobladores a fuerzas ocultas y sobrenaturales. A través de estas resonancias góticas, *Temporada de huracanes* cifra las ansiedades surgidas por el catastrófico fracaso del desarrollismo petrolero en las zonas costeras del sur de Veracruz y las oscuras manipulaciones del poder que hicieron del territorio veracruzano un espacio donde la neoliberalización alcanzó grotescos extremos. Recurriendo a estas diferentes tradiciones (desde la novela negra al gótico), *Temporada de huracanes*, tal como afirma Gorica Majstorovic, abre nuevos contextos para una literatura y cultura contemporánea basada en los “failures of the oil-fueled neoliberal economies” (2021:

19), usando esta región periferalizada como un sitio privilegiado desde donde desentrañar el amenazante control que el capitalismo ejerce sobre la vida, el territorio y la mano de obra en el México del neoliberalismo tardío.

No obstante, si bien con *Temporada de huracanes* Melchor muestra el pleno florecimiento de la crisis mexicana contemporánea, sus métodos, como apunta Will Noah (2020), pueden rastrearse en sus primeras crónicas. Su primer libro, *Aquí no es Miami* (2013; reeditado en 2018), compila varias piezas no-ficcionales sobre violencia y precariedad en Veracruz, haciendo uso del canónico género latinoamericano de la crónica que, combinando aspectos del cuento, el ensayo y el relato etnográfico con un abierto rechazo a nociones tradicionales de objetividad periodística (Jørgensen, 2011: 391), ha estado “historcially committed to documenting political change in the Americas at large” (Aguirre, 2017: 9). Poniendo así en primer plano el terror que ha asediado el trópico veracruzano, de manera similar a su novela, las crónicas de Melchor hacen uso de símbolos ocultistas para reflejar el malestar social que experimenta la región. En una de las primeras crónicas, por ejemplo, Melchor narra la fiebre extraterrestre que atrapó la atención del país en los años noventa y su propio avistamiento de un ovni sobre el puerto de Veracruz, que resultó ser nada menos que aeronaves colombianas cargadas de cocaína siendo traficadas al país en complicidad con el ejército mexicano. En otra (“La casa del Estero”), que funciona casi como una alegoría del capitalismo-patriarcal, la incursión a una casa abandonada que los locales creen embrujada—contada por una tercera persona conocida por Melchor—deja a una mujer poseída por un espíritu maligno, que reclamará el cuerpo de la mujer y los terrenos de la propiedad como suyos (2017: 104). Como Guillermo

Espinosa Estrada observa en una reseña titulada “Un ovni como excusa de lo real”: “como si supier[a] que para tomar el mejor pulso de este país tuviéramos que examinar, antes que nada, sus márgenes, [Melchor] rodea y se detiene en lugares excéntricos”(2013). Su novela, por ejemplo, fue originalmente concebida como una investigación periodística sobre un asesinato, cometido en un pueblo marginalizado cercano a su ciudad natal, que apareció en la nota roja con una desconcertante explicación: la víctima era conocida en el pueblo como una bruja y el motivo atribuido a actos de brujería. No obstante, los espacios oscuros que Melchor rastrea en su novela se encuentran también en sus textos no-ficcionales, ya que, como Patricia Poblete Alday observa en su expansivo estudio del género, “la crónica narrativa que se escribe y publica hoy en América Latina ... revela aquellas aristas más oscuras de la realidad que nos esforzamos por mantener ocultas” (2019: 103). En sus crónicas, Melchor usa la hibridez intrínseca al género para investigar las fuerzas oscuras que han tomado control del “trópico negro”.

Estudios recientes sobre la crónica latinoamericana contemporánea (Poblete Alday, 2020; Miklos, 2020; Aguirre 2016), un género que alcanzó su auge en los convulsivos años setenta para dar sentido a los nuevos contornos de las megalópolis, reconocen en la mayoría de los textos que toman la violencia como eje central, un giro de perspectiva que ha llevado a una gran parte de estos a mudar tanto de domicilio geográfico como de registro. Por ejemplo, mientras que críticas como Gabriela Polit-Dueñas (2019) han subrayado la crónica contemporánea en su encarnación urbana como el género que ha definido la expansión neoliberal en América Latina, Juan Carlos Aguirre propone a la “crónica provincial” como la forma que mejor captura las disrupciones derivadas de la

compleja estructura transnacional moldeada por los flujos de bienes y mano de obra bajo la agenda neoliberal global (2016: 11). De acuerdo con Aguirre, los estudios críticos sobre la crónica mexicana han privilegiado ampliamente las representaciones de la capital del país dentro del género, pasando por alto “the highly visible efforts to narrate the violence that a binational anti-narcotics initiative has inflicted on Mexico’s provinces” (2016: 10). Los diversos territorios administrados fuera de Ciudad de México, Aguirre subraya, se han caracterizado por siglos por su marginalidad económica y por el saqueo de sus recursos en beneficio de la federación, volviéndolos la zona cero de la crisis política actual en el país. Para Aguirre, la provincia mexicana—un término usado para designar el vasto interior del país—representa ahora el “lens through which a new, transnational reality must be understood” (ibid.). Dado que, como Aguirre argumenta, las crónicas recientes exploran las rutas de contrabando que marcan a estos territorios, convirtiéndolos en la otra cara del “formal licit market whose nodal points are in the great metropolises”, dichos textos abren la posibilidad de redefinir la crisis nacional en términos que sean “emphatically inclusive of “provincial” space” (2016: 32).

El análisis de Aguirre —centrado en la colección de crónicas *El hombre sin cabeza* (2009) escrita por Sergio González Rodríguez—no obstante, deja intacto el nexo entre los ámbitos legales e ilegales en los paisajes provinciales retratados en estas crónicas (situados sobre todo en Michoacán, Tabasco y Veracruz). La mayoría de estos territorios no sólo han sido trastocados por la industria ilícita de tráfico de narcóticos sino, sobre todo, por una regulación diferencial dada las tecnologías de zonificación que han transformado estos espacios en zonas de libre comercio o bien, en zonas económica

especiales (ZES). Como Sandro Mezzadra y Brett Neilson señalan, puertos, corredores, zonas económicas especiales y otras formas de espacio logístico operan como las nuevas geografías del capital global, áreas que brindan a corporaciones excepciones a ley y diferentes regímenes normativos (2019: 213). De tal forma, en estos sitios, “el acceso al mercado laboral, los estándares de salud y seguridad, las relaciones industriales, las políticas ambientales... son reguladas según la lógica impulsada por el mercado de la gubernamentalidad neoliberal” (Mezzadra y Neilson, 2017: 250), autorizando así la degradación ambiental, la explotación laboral y el dominio del mercado sobre los derechos territoriales. Funcionando bajo ordenamientos jurídicos y normativas especiales, sin embargo, estas operaciones extractivas frecuentemente aparecen desvinculadas de la violencia militar y paramilitar (por ejemplo, las decapitaciones narradas por las crónicas de González Rodríguez que Aguirre analiza) conectadas a la militarización de la guerra contra las drogas. No obstante, la formación de una “gobernanza necropolítica” alrededor de corredores, zonas especiales y nodos logísticos en México, Colombia y Centroamérica sugiere en cambio una nociva colaboración entre el estado, paramilitares, carteles de droga y caciques locales en la producción de estos espacios (Peregalli 2020). En consecuencia, zonas extractivas y logísticas representan, siguiendo a Mezzadra y Neilson, “lugares paradigmáticos que hacen visibles conexiones complejas entre patrones de desposesión y explotación” (2017: 44). En las crónicas de Melchor, estos caóticos, pero increíblemente opacos patrones de despojo aparecen entonces codificados en los paisajes provinciales ilustrados, que se presentan como espacios usurpados, extraños y hostiles, permeados por una latente violencia.

Si bien, al dar cuenta de la violenta y oscura reestructuración del espacio provincial veracruzano, la colección de crónicas de Fernanda Melchor emerge como ejemplo del reciente giro hacia la provincia como locus de la catástrofe política, la codificación de esos alienados espacios como sitios saturados de intriga y amenaza sugiere además un rasgo distintivo dentro de la crónica contemporánea. Como Poblete Alday identifica en su estudio de la crónica mexicana reciente, “México aparece en estos textos como un espacio ominoso, lleno de peligros y emboscadas tanto para los migrantes que cruzan de manera ilegal camino a Estados Unidos, como para el ciudadano de a pie, que vive expuesto a índices de violencia crecientes” (2020: 141). Para Poblete Alday, los cronistas contemporáneos invocan los rasgos característicos del horror, el gótico y lo fantástico para representar al territorio mexicano como un “purgatorio secularizado”, así como para emplear el clásico arquetipo del monstruo para representar un vasto número de actores: narcos, coyotes, migrantes, la policía y el ejército. Estas crónicas, Poblete Alday concluye, revelan la fragilidad de las fronteras entre “el bien y el mal” en un contexto plagado de violencia abyecta. No obstante, si bien las crónicas del Melchor pueden leerse a partir de este giro de la no-ficción hacia el horror, el enfoque del presente artículo, moviéndose dentro y más allá del alcance de este dominio, se centra en cómo estos “espacios del mal” son representados a través del registro del *noir* y su “generic investment into investigations of legality an power” (Pitt-Scott, 2020: 1), un registro que permite revelar las ocultas condiciones materiales que han llevado a la ciudad portuaria del trópico veracruzano a erguirse como sitio en donde se concentran los descartes de la trayectoria predatoria del neoliberalismo.

De manera similar a la crónica, el género negro ha utilizado comúnmente la imagen de la metrópolis como *locus terribilis* dado que este comenzó a proliferar por todo el continente a la par de la arquitectura de la gubernamentalidad neoliberal global. Las provincias, sin embargo, transformadas vorazmente por la infraestructura capitalista que aceleró la pauperización de su campesinado, constituyen el sitio ideal para interrogar las fuerzas ocultas detrás de las zonas de cercamiento y de influencia del capital transnacional. Dada la tendencia del *noir* por explorar el paisaje material de las ciudades “left to the anarchy of market forces” (Davis 1990: 23), lecturas del género tales como la realizada por críticos marxistas como Mike Davis, han señalado el arraigado desprecio que el *noir* insinúa por una “deprived business culture” (21) como un rasgo distintivo, caracterizando a la tradición como una “critique of savage capitalism” (2002: viii). Es por ello que, aunque los orígenes del género se encuentren en el malestar socio-económico experimentado en los Estados Unidos durante los años treinta, su oscuridad formalista y su apolítica visión de la ciudad moderna siguen permitiendo las representaciones “of capitalism’s unsavory undercurrents” (Palmer 1997:60). La novela negra latinoamericana adopta y transforma esta tradición, desplazándose de una concepción del crimen como desviación o anomalía dentro de un orden social que fue respaldada por la novela policiaca clásica a un reconocimiento de que “it is not so much the system is broken, but rather that the system itself in its ordinary functioning produces violence and injustice in the form of perpetual underdevelopment” (Dove, 2012: 22). De esta manera, los terrenos hostiles del género negro son adoptados como un importante vehículo para registrar las contradicciones de la modernidad en el México post-68 (donde la masacre de Tlatelolco

en Ciudad de México operó como su símbolo más visible) y luego, con la rápida neoliberalización de la economía, la violenta experiencia de fronterización capitalista que vio a las trabajadoras de maquilas en Ciudad Juárez transformarse en el desecho humano del comercio global.

Aquí no es Miami—que ya desde su título prefigura una asimetría respecto a una de las metrópolis globales por excelencia—sin embargo, se desplaza de la muy discutida capital mexicana y la zona fronteriza para seguir los rastros del crimen en el oscuro y violento trópico veracruzano. Asimismo, como ocurre tanto en la ficción como en la no-ficción mexicana, la figura del “detective duro” queda suplantada por la figura del periodista que, enfrentándose al vacío dejado por la retirada del Estado, realiza gran parte de la investigación policial (Ramírez Pimienta y Villalobos, 2010: 378). Dado que las guerras territoriales, las masacres, las ejecuciones sumarias, las desapariciones masivas, la exhibición cuerpos mutilados, y las respuestas de un gobierno altamente militarizado al incremento de la violencia empezaron a ocupar los encabezados, la crónica experimentó un boom que llevó a una diseminación regional del género, buscando poner de manifiesto el contexto estructural del narcotráfico. La óptica del género negro, “oppos[ing] light and dark, hiding faces, rooms, urban landscapes —and, by extension motivations and true character—in shadow and darkness which carry connotations of the mysterious and the unknown” (Place and Peterson, 1996: 66), parecen entonces vincularse a los esfuerzos de la crónica por iluminar las oscuridades alrededor de las tendencias mistificadoras del discurso periodístico dominante sobre la violencia.

Sin embargo, la mayoría de estos esfuerzos permanecen aún atados a la zona fronteriza del norte y rara vez dan cuenta de

las poderosas fuerzas que organizan los territorios despojados del sur de México. Dada su posición estratégica en el comercio global (funcionando como corredores logísticos o zonas extractivas), estos territorios han sido moldeados por lo que Deborah Cowen ve como una paralela intensificación de la circulación del capital y del crimen organizado “in ways that might be difficult to recognize” (2014: 11). La referencialidad de las crónicas que conforman *Aquí no es Miami* a lo oscuro y lo laberíntico parecen entonces participar en aquel desciframiento, mostrando estos espacios como marcados por un específica sensación de malestar y una atmósfera sofocante en un afán de codificar y registrar las amplias ramificaciones de la intensa violencia en la región. Centrándose en el secreto abierto que subyace a los espacios económicos del capitalismo, como este artículo intenta explorar, permite a Melchor tener un mayor alcance de las tensiones sociales y las constelaciones de poder que permanecen ocultas en el discurso hegemónico sobre la violencia. El sostenido interés del género negro por las entrañas de la sociedad permite analizar los espacios abandonados y amenazantes que figuran en las crónicas de *Aquí no es Miami*, y que, al estar dotadas de una fuerte sensación de alienación, dan evidencia del generalizado capitalismo beligerante que ahora devora el territorio mexicano.

El trópico negro y las huellas de la “NAFTAficación”

Dada su reciente consolidación como zona cero de la fragmentación social y material en el país, no es de extrañar que el paisaje provincial de Veracruz aparezca en la producción cultural reciente como una escena de crimen e intromisión. Como la fotógrafa veracruzana Koral Carballo señala en la descripción de su obra *Mala hora*

(2019)—una serie fotográfica que captura las silenciosas calles de la ciudad petrolera de Poza Rica durante los años más intensos de militarización en el estado—la violencia que ha imperado en el país desde hace diez años invita a buscar “signos” y “pistas” en el devastado paisaje del puerto, el cual se presenta como “un espacio clandestino donde ocurren los actos más violentos y terribles” (2019). Mediante esta óptica *noir*, los mundanos escenarios capturados por Carballo, un deshuesadero lleno de carros policiaos, un desolado campo de beisbol, una camioneta abandonada en el camellón de una carretera, departamentos de interés social al borde del derrumbe—los cuales están inevitablemente ligados a los programas de inversión social financiados por la petromodernidad—son exhibidos como sórdidas huellas de la violencia. Mostrando así la decadente infraestructura de la ciudad de Poza Rica—una ciudad portuaria que floreció durante el auge petrolero —como una escena de crimen, las fotografías de Carballo muestran las posibilidades que el *noir* ofrece para visibilizar no sólo los rastros de una violencia arraigada en un territorio atrapado por las dinámicas de la militarización sino además su capacidad para exponer los perversos costos del desarrollismo petrolero y evidenciar el resultado de un “oil miracle turned oil nightmare” (Meyer cit. en Sheridan and McGuire, 219: 18).

Aunque la experiencia de transición neoliberal en México ha sido ampliamente documentada y debatida, con un consenso generalmente construido alrededor de la idea de que las políticas de privatización, medidas de austeridad y la apertura del mercado han marcado el punto de inflexión de la crisis en el país, recientes estudios sugieren rastrear en el terreno inmediatamente previo a la consolidación del NAFTA las pistas de la presente catástrofe. Notablemente, Amy

Sara Carroll, en un reciente estudio sobre la “era-NAFTA”, propone el término “NAFTAficación”—jugando con la equivalencia entre los términos *nafta* y petróleo—, para denotar la forma en que el periodo de la petrolización “energiza” la implementación de las políticas neoliberales. Como Carroll traza, durante el boom petrolero, el afán del Partido Revolucionario Institucional (PRI) por absorber los excedentes del capital surgidos de la riqueza petrolífera en la región en un esfuerzo por reestablecer su legitimidad, llevó a un aumento de la inversión extranjera y un gasto monumental en la industria financiado, en su mayoría, a través de préstamos otorgados por bancos estadounidenses. Una vez que los intereses se dispararon y el precio del petróleo se desplomó, la economía mexicana se encontró al borde del colapso y, para 1982, el país alcanzó el dudoso logro de convertirse en la primera nación latinoamericana en declarar una moratoria al pago de la deuda externa (ibid.). Mientras que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional llegaron a acuerdos con el gobierno mexicano para otorgar préstamos de emergencia, el presidente Miguel de la Madrid ejecutó sus demandas y “privatized many of the smaller state-run industries, cut investment in infrastructure, reduced tariffs, refrained from taxing the elite, encouraged foreign investment [and] slashed government subsidies to the agrarian sector” (Wallace and Boulosa, 2016: 45). La primera ronda de choque económico se sintió con particular dureza en los estados del Golfo mexicano, quedando fuertemente presionados por una profunda crisis agrícola y las decantadas ruinas dejadas por la bonanza petrolera.

Las crónicas compiladas en *Aquí no es Miami* de Fernanda Melchor, aunque escritas entre el 2002 y el 2011, parten de este momento histórico para interrogar los contornos de la actual catástrofe. Como

Melchor misma ha comentado en entrevistas, nacida en el año de la peor crisis económica, y, por ende, de cierta forma, biográficamente marcada por la crisis petrolera, sus experiencias parecen teñidas por “una sensación de “devaluación perpetua”, una sensación de haber nacido al principio del fin... puras catástrofes en escalada” (cit. en Ortuño 2020: 129). Partiendo de esta sensación de ruptura, su colección de crónicas establece los temas ya característicos que unen su obra periodística y su obra ficcional: los procesos socio-económicos que subyacen al violento paisaje de la asolada región. Registrando este constante declive, sus crónicas—de manera similar a las fotografías de Carballo—se aproximan a la región como una escena de crimen y peligro inminente. Sin embargo, mientras que la mayoría de las crónicas que analizan la violencia que permea estos territorios a través de un ejercicio periodístico que busca determinar hechos y desde una mirada externa, las crónicas de Melchor trazan estos procesos a través de las supersticiones, rumores y las mitologías locales de su tierra natal. Haciendo uso de las ansiedades locales que surgen en espacios depredados, el enfoque geográfico de las crónicas de Melchor es utilizado para registrar la creciente alienación producida en espacios provinciales al ser abiertos a formas predatorias de acumulación y transformados en terreno fértil para lo que David Harvey denuncia como un capitalismo “salvaje” [feral], en el cual “talar o quemar” [slash and burn] se ha convertido en la consigna (2013: 227). En este sentido, la intensificación de “una economía de desposesión masiva y prácticas depredadoras, en particular de los más pobres y vulnerables” (226) diagnosticada por Harvey, es registrada por el retrato que Melchor hace de un espacio gradualmente alienado de sus habitantes, quienes comienzan a experimentar la amenaza sistemática de un capitalismo salvaje desatado sobre las abandonadas provincias. De manera más

contundente, este proceso es sintetizado por los propios recuerdos de alienación experimentados por Melchor, remontándose a los años de infancia en Veracruz—los cuales coinciden con las primeras etapas de la reconversión neoliberal —en la crónica con la que abre el libro.

Describiendo una sociedad en vísperas de un profundo caos socio-político, “Luces en el cielo” (publicada previamente como “El ovni, la playa y los muertos”) sitúa al lector en un umbral tanto espacial (un estuario ubicado en los límites del antiguo pueblo pesquero de Boca del Río— la ciudad natal de Melchor— y el caótico puerto de Veracruz) como temporal (la violencia de las últimas décadas y la infancia tranquila de antaño). Aunque teñida con un aire de melancolía, la topografía de este territorio descrita por Melchor está lejos de denotar un paraíso, pues la descripción de la playa que rodea a su pueblo natal se presenta como un agreste paisaje “replet[o] de matorrales llenos de espinas en las que quedaban atrapadas las ramas podridas y botellas de plástico que el río arrastraba” (2018: 15). A pesar de eso, aún lejos de la delirante urbanización capitalista que reestructurará completamente este pueblo y transformará sus playas en “un hervidero de turistas” (Melchor, 2018: 24), los detalles que Melchor describe con cierto sentimentalismo (los letreros mal escritos advirtiendo del peligro de la corriente con el burdo dibujo de una calavera) escenifican la nostalgia de Melchor por un mundo provincial que poco a poco empieza a desintegrarse.

Es en este contexto que Melchor narra su extraordinario encuentro con un misterioso fenómeno aéreo que su yo de nueve años está convencido puede ser sólo una señal de vida extraterrestre. Melchor explica esta profunda creencia en objetos extraterrestres como ligada a la penetración de la cultura popular estadounidense y la serie de tabloides sensacionalistas y programas de noticias

que comenzaron a aparecer en el país, uno que inclusive dedicó el tiempo récord de once horas con diez minutos a una discusión sobre la supuesta presencia de vida extraterrestre en la tierra (17). La sensación de fatalidad que críticos observan en el inusitado auge de tal cobertura sensacionalista y de narrativas del desastre durante la crisis económica mexicana (Cabañas Tovar 2009; Anderson 2016), que, como Melchor menciona, mantenían los ojos del país fijos en el cielo—“¿Los campesinos morían de tifoidea y dengue al sur del país? Nada de eso resultaba importante” (2013: 16)—es experimentado como alivio por su yo de nueve años, viendo en la presencia alienígena una vía de escape para una crisis que había asumido dimensiones catastróficas —“guerras estúpidas que mataban gente y chorreaban de petróleo a los pobres pelícanos” (19). Esta improbable esperanza de rescate, que no sólo refleja la experiencia de un contexto global de creciente militarización sino además cómo el cambio social ‘has only become imaginable via the apocalyptic threat’ (Anderson, 2016: 103), es inevitablemente destruida cuando la joven Melchor escucha una conversación entre adultos que revela que las luces que vio aquel verano no pertenecen a ovnis sino a aeronaves colombianas transportando cocaína en una pista de aterrizaje clandestina supervisada por el ejército mexicano.

Este momento revelador encapsula la estructura general de las narrativas en las crónicas de Melchor: encuentros sobrenaturales y relatos populares son utilizados como el núcleo narrativo desde donde se examina la elusiva violencia que comienza a ejercer presión sobre el mundo provincial. Dado que la violencia suele mistificar sus propios orígenes, la pesquisa hecha por Melchor parte de una renuencia a dialogar con “la Historia con mayúsculas” (Melchor, 2018: 9), nutriéndose en vez de una memoria colectiva que da cuenta de esta

brutal realidad frente a las mitologías del crimen organizado que los medios masivos comienzan a enarbolar. Por ende, aunque la primera crónica salta del avistamiento extraterrestre a una macro-historia del narcotráfico en la región, la exposición periodística es también utilizada para señalar los inestables cimientos de estas narrativas.

Melchor narra uno de los episodios criminales más notorios del estado: el asesinato de policías federales en el pasaje “La Víbora” en el pueblo de Tlalixcoyan durante una fallida redada en 1991, la cual puso en evidencia la corrupción del ejército que abrió fuego para proteger el cargamento de cocaína. La masacre alcanzó cobertura nacional e internacional y, sumada a las horribles fotografías de los cuerpos baleados de los policías, sirvió para acelerar el discurso antinarcótico y reforzar la tendencia hacia la militarización (Maciel-Padilla, 2012: 193). No obstante, como Melchor reporta utilizando rumores y una cronología extra-oficial de los hechos, reportes de actividad aeronáutica irregular en aquella base militar se remontan a los años ochenta, pues los pobladores de la zona que rodea al pasaje estaban al tanto de los vínculos entre los cargamentos, el ejército y los agentes de la policía federal (muchos de los cuales estaban al servicio de los caciques locales) apostada en esa región. Por lo tanto, los oficiales armados que “supuestamente”, como Melchor señala con sospecha, llegaron a este sitio clandestino para detener a los traficantes colombianos, habían estado ya implicados en disputas territoriales y contrabando con el pleno conocimiento de las autoridades—como fue ampliamente documentado por periodistas locales.¹ No obstante, el escándalo generado en Tlalixcoyan a inicios

¹ Una investigación periodística sobre las relaciones entre grupos criminales y disputas territoriales, contrabando y caciquismo en relación con este episodio fue publicada en 1993 bajo el título Todos están dentro por el

de los noventa junto con otros que rápidamente le procedieron, fueron convenientemente utilizados para señalar al narcotráfico como la amenaza número uno para la seguridad de México, llevando al presidente Ernesto Zedillo a anunciar, a petición de Washington, la necesidad de “measures never seen in the country to stop it” (cit. en Andreas, 2000: p. 68). Lo que presenciaron las poblaciones locales, sin embargo, no fue mayor seguridad, sino un saqueo turístico e inmobiliario que llevó a la dramática transformación de aquella región costera, alterando incluso la localmente conocida “Playa del Muerto” a favor de un nombre con “un apelativo más turístico y mucho menos tétrico” (Melchor, 2018: 23). Deshaciendo así las prácticas y formas de organizar el espacio de sus habitantes, como concluye nostálgicamente Melchor “[t]odo era pura mentira” y desde ese momento, la escritora agrega, “ni siquiera Dios se salvaría de mi incredulidad” (24).

La reconfiguración del espacio que Melchor investiga en esta crónica es vinculada, más que a la hiper-violencia de narcotraficantes y sus sangrientas disputas, al histórico rol de América Latina como un sitio moldeado, como Eduardo Galeano ha ya diagnosticado, “siempre en beneficio del desarrollo de la metrópoli extranjera en turno” (1971: 16). Las presiones que el capitalismo global comenzaron a ejercer sobre el territorio mexicano transformando “familiar vistas into newly uncanny scenes” (Shaw, 2016: 62), son por lo tanto articuladas en las crónicas de Melchor a través de un registro que ha siempre tomado como núcleo la sensación de dislocación geográfica y temporal. En efecto, lo que los encuentros

entonces editor del periódico local *Notiver*, Miguel Ángel López Velasco (Milo Vela). Aunque Melchor no hace referencia explícita a este reporte, el asesinato de Milo Vela es mencionado en una de las crónicas del libro.

de Melchor en las playas de Veracruz evidencian, como ya ha expuesto la novela negra latinoamericana, es un contexto en el cual “the promise of modernity has been found empty” (Dove, 2012: 22), resultando en una sensación de crisis y desorientación. Melchor, por lo tanto, sitúa sus indagaciones en los márgenes de la ciudad provincial moderna, recurriendo a la atmósfera de criminalidad, decadencia e inestabilidad propia de los géneros tanto literarios como periodísticos del crimen, para representar la catástrofe desatada por la modernidad capitalista. Dado que la integración la economía mexicana con la estadounidense terminó por despojar las riquezas restantes que dejó la petrolización y el paisaje provincial quedó deshecho por la fiebre de la privatización, la inscripción de estas nuevas relaciones basadas en la depredación y el saqueo son registradas de forma estética en las crónicas de Melchor como una trama criminal que se ha convertido en la regla más que la excepción. Si, siguiendo a Harvey, el mundo neoliberalizado es un dominio en el que “feral politicians cheat on their expenses, feral bankers plunder the public purse for all its worth, CEOs, hedge fund operators and private equity geniuses loot the world of wealth” (2012: 157) las indagaciones de Melchor se centran en las fraudulentas operaciones del capitalismo que han llevado al violento colapso de la región.

Sin embargo, de forma similar a los titanes de la novela provincial del siglo veinte, los cuales daban cuenta de la desruralización y la pobreza urbana que caracterizaría los años del “Milagro mexicano”, Melchor registra la pauperización que acompañó el desplome de las ilusiones impulsadas por el petróleo al aproximarse a un paisaje provincial similarmente poblado, como Kerstin Oloff observa en su crítica de Rulfo, por los atrapados ecos de campesinos desposeídos y asesinados y los espectrales gritos de

mujeres violadas, abusadas y comodificadas (2016: 84). Como en otros textos que forman su tríptico dedicado al “trópico negro”, figuras sobrenaturales son invocadas en sus crónicas para excavar las tóxicas raíces que dan cuenta de la brutalidad de la existencia en el trópico mexicano. Haciendo uso del registro informal y colectivo del rumor, así como del género de la nota roja que históricamente ha dado cuenta de estos horrores, Melchor investiga los orígenes y los fines de la actual violencia. Por ejemplo, en la crónica “Reina, esclava y mujer”, la cual investiga las góticas apariciones en las abandonadas casonas del centro histórico del puerto de Veracruz, Melchor se enfoca en un antiguo crimen cometido en estos edificios ahora en ruinas: el presunto asesinato y desmembramiento de dos niños a manos de su joven madre, Evangelina Tejera, una mujer que tan sólo unos años atrás, había sido coronada reina del carnaval de Veracruz. El crimen, ocurrido en 1989, fue reportado en los periódicos locales y muy discutido entre los pobladores, volviéndose objeto de leyendas urbanas y cuentos fantasmales. Más cercana a un cuento de fantasmas que a un relato de misterio, si uno concuerda con Avery Gordon que los cuentos de fantasmas son “stories concerning exclusion and invisibilities” (2008: 17), la crónica hace uso de figuras espectrales como evidencia esotérica de las condiciones explotativas que han reconfigurado la geografía del puerto.

Desde sus primeras páginas, la crónica es situada por Melchor en un ambiente post-urbano espectral que, siguiendo a Marta Sierra, puede entenderse como una “geography of darkness that engulfs the dreams of the modern city” (2017: 63), dado que el espacio físico del centro de la ciudad que rodea al puerto es descrito como: “una ruina llena de escombros, hogar de dipsómanos y felinos sarnosos, espectros que penan entre la basura y entre la maleza que espantan

de vez en cuando las buenas conciencias del puerto” (2018: 43). En el mismo paisaje y arquitectura del lugar, el cual se nos ofrece como un “escenario fantasmal” poblado por “casonas abandonadas que se desmigajan sin prisa en las calles” (44), Melchor lee las marcas dejadas por la desposesión y la desigualdad derivada de los procesos de desregularización y privatización, los cuales aceleraron, sobre todo, la expulsión y alienación de los trabajadores de los centros urbanos. Así, la crónica se desplaza al deteriorado “laberinto de apartamentos” en los que un puñado de viejos inquilinos viven precariamente “a la luz de las velas [...] sin agua potable ni electricidad” (ibid.), retratando el sentimiento de inestabilidad que experimentan al verse atrapados en las injustas geografías de la regeneración urbana. Como narra un antiguo residente, después de un incendio al fin de los años setenta, en un afán por remodelar los edificios, pero aún restringidos por “las antiguas leyes del inquilinato [...] los dueños nos cortaron la luz y el agua y nos fueron corriendo a todos” (ibid.). No obstante, aunque logró resistir así por varios años, no fueron las precarias condiciones impuestas por los dueños las que finalmente lo orillaron a desplazarse de su hogar. Según narra, su eventual salida del edificio se debió a una agobiante sensación de extrañamiento, a una “*mala vibra*” (45) en el ambiente, pues los llantos y quejidos—que presuntamente venían de los hijos mutilados por Evangelina Tejera—comenzaron a atormentar a los residentes por las noches. Intentando rastrear el origen de estos miedos, dado que, siguiendo a Anthony Vidler, las ansiedades producidas por los espacios laberínticos de ciudad moderna son al fin de cuentas lo que da lugar a la novela de detective (1992: x), el resto de la crónica ofrece un exhaustivo relato de las relaciones sociales y económicas que giran alrededor de este lugar de ruina y tenebrosas apariciones.

Debido al estatus del puerto de Veracruz como antiguo ícono tanto del tropicalismo como del desarrollo petrolero mexicano, su devastadora transformación de floreciente ambiente tropical a una “distopía tropicalista” (Bencomo, 2016: 34) encuentra una apta representación en la historia de ascenso y caída de la reina del Carnaval de Veracruz que la crónica narra. Si como argumenta Bencomo, en menos de un siglo hemos presenciado el nacimiento y muerte de las paradisiacas imágenes postales del país, plagadas ahora por la corrupción, la devastación ambiental y la violencia urbana (25), el brutal destino de una de las “mercancías” más visibles de esta fantasía tropicalista es presentada por Melchor como espejo del brutal deterioro de la región. No arbitrariamente, la cronología que Melchor traza en la crónica da cuenta de la vida de la joven en un periodo que va de la crisis económica de 1982 al ascenso del “grupo delictivo de Los Zetas, recién separados del Cártel del Golfo”, dado que la vida de esta mujer se desarrolla y termina ineludiblemente determinada por estas devastadoras transformaciones. Por ejemplo, como Melchor logra reconstruir, salida de las filas de la clase media mexicana, una surgida del volátil auge económico petrolero, Evangelina se ve afectada por “una crisis económica que se recrudece al iniciar la década de los ochenta” (50), la cual pone en marcha una fuerte reestructuración de clase que empuja a su familia a la ruina y la obliga a abandonar sus estudios. No obstante, en consonancia con los discursos neoliberales de superación personal que florecieron en aquel periodo, el título de Reina de Carnaval, “una distinción que incluso a la fecha suele considerarse “la máxima aspiración” de cualquier muchacha de “buena familia” del puerto” (45), ofrece a la joven una salida de su precaria situación económica. La fiesta de carnaval y su reina, cabe observar, remontándose a los años del

periodo post-revolucionario, ha beneficiado por años la percepción de Veracruz como un atractivo destino turístico, consolidando una imagen de “charm and tropical hedonism” (Rinaudo 2014, p. 6) que permite atraer inversionistas hoteleros e inmobiliarios y promocionar su desarrollo urbano ante el mercado global. En el contexto de recesión económica, “*la alegre disposición*” de Evangelina “*para representar la alegría del pueblo jarocho*”—como se menciona en la sección de sociales de la cual se nutre la crónica— señala más bien una disposición a satisfacer las demandas de mercado, ofreciendo una distracción a “la baja del precio del petróleo” y “la bárbara inflación que pulveriza los salarios” (Melchor 2018: 51). Asimismo, la joven Evangelina se convierte en objeto de deseo de “la prole” de empresarios inmobiliarios y hoteleros que “antes de su coronación la despreciaban” (ibid.), y es introducida en su desenfrenado mundo de fiestas, consumo de drogas y actos ilegales, a menudo ignorados “pues la policía estaba ahí para protegerlos” (50).

Sin embargo, la comodificación de la joven por estos “hijos de papi” (ibid.), representativos de la expansión del capitalismo financiero y su dominio sobre el puerto, pone en evidencia una serie de rumores que exhiben la problemática respuesta de los habitantes a la fragmentada realidad social. Rumores de la participación de la joven en orgías, consumo de cocaína y vínculos sentimentales con narcotraficantes, convierten a la exreina en un chivo expiatorio contra el cual los residentes de Veracruz pueden dirigir su ira. Cayendo en desgracia “con una sociedad que se pretende en enclave de sensualismo tropical, pero en el fondo es profundamente clasista y misógina” (60), Evangelina termina descartada viviendo en los edificios en ruinas del centro, donde eventualmente será inculpada del asesinato de sus hijos en 1989. Aunque la pobreza

abyecta de Evangelina, su precaria salud mental y documentada historia de abuso son expuestas como causa de la muerte de sus hijos (declarada como muerte por inanición), los medios locales, como la crónica rastrea, no perdieron tiempo en promover un discurso patologizante, vilificando los supuestos excesos de la joven (las especulaciones sobre sus motivaciones incluyen venganza contra su expareja, homicidio inducido por drogas o abuso infantil). El relato construido por Melchor traza así una perturbadora contigüidad entre el vertiginoso declive del puerto durante y después de la “década perdida” y “la ascensión de la joven al estatuto de reina, emblema viviente de la alegría, la lozanía y la fecundidad de un pueblo y su posterior envilecimiento como filicida, villana mítica, bruja de cuento de hadas” (ibid.). A través del arco narrativo de Evangelina, Melchor no sólo cristaliza la movilidad descendente experimentada por la mayoría de la población (sobre todo por las mujeres) como parte de los ciclos de auge y caída propios del capitalismo sino, además, una narrativa en la que los riesgos y estragos económicos que los mismos capitalistas crearon son imputados a los individuos considerados como “guilty of poor management” (Lazzarato, 2013: 60). De tal forma, con su cuerpo “convertido en un guiñapo de ojos vacuos” y ya no representando la fecundidad del pueblo jarocho sino su oscuro reverso, Evangelina termina siendo deshumanizada y convertida en repositorio de los males que aquejan la ciudad. Al final de la crónica, no es de extrañar entonces que Melchor invoque el conocido mito de la Llorona—la egoísta y perversa mujer condenada a vagar eternamente por sus pecados—para trazar un paralelismo con el trágico destino de Evangelina: “igual que sus hijos, la antigua reina del carnaval condenada por homicidio...ha sido obligada a convertirse en un fantasma” (Melchor 2018:60).

No sería entonces injustificado en el uso de este léxico espectral una cierta convergencia con el corpus crónico contemporáneo en México y Centroamérica donde “el fantasma pasa a ser expresión mermada de una humanidad frágil, abandonada por Estados que se doblegan ante la soberanía de un sistema económico feroz” (Poblete Alday, 2018: 222). De acuerdo con Poblete Alday, aunque previamente confinados al campo de lo fantástico, los espectros, ante la intensificación de fenómenos tales como pobreza extrema, migración forzada y narcotráfico, deambulan más allá de los límites del género para “para instalarse en lo real/referencial” (ibid.) y señalar la fracturada realidad provocada por las políticas económicas de los últimos años. De tal manera, si bien la crónica retiene el tono y textura de una crónica de crimen, Melchor utiliza esta figura espectral —que en muchos aspectos recuerda a las figuras de monstruosidad femenina del gótico— para registrar, como el tropo que evoca, las causas ocultas del horror que se esconden detrás de esta figura. Lejos de limitar la crítica social, esta figura monstruosa, que en modo gótico latinoamericano está profundamente ligada a los encubiertos fracasos de proyectos nacionales que han dado lugar a la violencia social y la desigualdad (Casanova-Vizcaíno and Ordíz, 2020: 32), permite a la crónica trascender la crítica localizada y hablar en su lugar de los asediantes legados de la desinversión social (precariedad, feminización de la pobreza, desempleo y “el fracaso del sistema de seguridad social” (Melchor, 2018:59)) que fueron prerrequisito para la ascensión del capitalismo global. Tomando esta resonancia gótica de la tradición literaria de la región, donde lo monstruoso y espectral ha sido invocado para expresar “the deadly consequences of raw capitalist enterprise for the disadvantaged” (Casanova-Vizcaíno and Ordíz, 2020: 34), la crónica avala “un

grado de implicación que resulta imposible dentro de la economía informativa de la nota roja” (Poblete Alday, 2019, 138). De tal forma, renunciado al desenlace revelatorio que caracteriza a este género de crimen, que como Melchor misma concluye, usualmente presenta “los asuntos de su “literatura” como sucesos excepcionales, únicos e irrepetibles” (60), la crónica traza estos asuntos como producto de un ensamblaje más complejo (la crisis económica, la violencia de género y los fracasos del sistema de bienestar) y dirige la atención a las fragmentaciones sociales experimentadas en la región durante el proceso de “Naftaficación”.

Crónica de un despojo anunciado: la requisa del puerto como trama criminal

Mientras que en “Reina, esclava y mujer”, la invocación del fantasma de la exreina del Carnaval traduce al lector el alto costo social que trajo la transición neoliberal en México, en “El Cinturón del Vicio”, los procesos de explotación y desposesión que marcan el periodo son trazados a través de las tribulaciones de un descampenizado estibador portuario conocido como El Ojón en el histórico puerto de Veracruz. Construyendo un arco narrativo más amplio que el presentado en la crónica de la vida de Evangelina, sin embargo, el estibador es caracterizado por Melchor como producto de la larga duración de desposesión capitalista en la región, dado que la crónica da cuenta del “nested, rather than linear and sequential, quality of the roughly post-1970s period” (Deckard and Shapiro, 2016: 5):

El Ojón nació a las orillas del Barrio El Huaco, uno de los asentamientos populares más antiguos del puerto de Veracruz. Habitado durante el periodo colonial por libertos de origen

africano que levantaron sus viviendas en los márgenes del río Tenoya con los maderos provenientes de los naufragios, El Barrio (a secas) fue durante muchos siglos el único hogar posible para los miles de personas que arribaban al puerto huyendo del hambre y miseria de las zonas rurales, para invariablemente pasar a engrosar la nómina del muelle, el comercio y el contrabando. (24)

Enmarcando una larga espiral de saqueo, ya que esta descripción enlaza las temporalidades de explotación colonial con la expropiación del campesinado mexicano como mano de obra excedente producida por la industrialización agraria (un periodo que coincide con el nacimiento de El Ojón), Melchor presenta el puerto y los barrios del centro que lo rodean como un objeto laberíntico que demanda la pesquisa del cronista. Más aún, dado que la ingeniería social de los programas de regeneración urbana busca transformar este barrio en un lugar “lleno de terrazas y cafés “europeos”” (31), Melchor hace uso de la evidencia anecdótica de El Ojón para tejer una historia de los múltiples ciclos de explotación que han dejado su huella en estos asentamientos.

Para analizar estos rastros, la investigación de Melchor se enfoca en la fracturada cartografía del centro histórico en los años setenta, restringiendo la mirada a la ahora deteriorada serie de cantinas (conocida localmente como el “cinturón del vicio”) que forman sus oscuros callejones y que alguna vez fueron “escenario principal de la vida social de las clases trabajadoras del puerto” (26). Este espacio, como traza Melchor a través de los recuerdos del Ojón, “contrario a los refinados clubes, que calles arriba sólo admitían (y admiten aún) a caballeretes que se las dan de peninsulares”, era frecuentado por obreros portuarios, cujjes, marineros y pescadores “que buscaban un respiro de media mañana para sus respectivas

ocupaciones” (26-27). Por lo tanto, incluso si los recuerdos de El Ojón sobre aquellos tiempos señalan un espacio caracterizado por una profunda desigualdad (así como por el legado del colonialismo), antecediendo al torbellino de la desregulación y la privatización que debilitará a la fuerza laboral del puerto, estos recuerdos están inevitablemente teñidos por una cierta nostalgia por el pasado. Reveladoramente, Melchor narra el orgullo que El Ojón siente por su musculoso cuerpo— “hasta tensa los músculos de los brazos y luego los flexiona a los costados para mostrarme la fibra que aún le queda”—que, aunque claramente resultado de años de trabajo extenuante como estibador portuario, es contrastado con el “cuerpo ñengo” de sesenta kilos con el que llegó buscando trabajo al puerto (27). Además, uniéndose a las filas de este proletariado urbanizado, El Ojón pudo acceder a artículos de consumo tales como jeans de marca así como “varias camisas españolas que a él le gustaba dejarse desabotonadas para que las mujeres del Cinturón del Vicio vieran los músculos de su pecho” (28).

La coyuntura de finales de los setenta es crucial para entender la postura de El Ojón. Este era el momento en el que el PRI, lleno de petrodólares “expanded spending and made rhetorical gestures towards the radical reforms carried out under Lázaro Cárdenas in the 1930s” (Wood, 2021). Los petrodólares fueron un “godsend to Mexican corporatism”, asegurando los recursos necesarios para engrasar la maquinaria de patronazgo dentro de los sindicatos afiliados al partido, permitiendo así a sus líderes repartir recompensas tales como préstamos, becas y aumentos salariales entre sus filas (Grayson, 2004: 246). Por lo tanto, como Melchor describe en la crónica, a estas cantinas a menudo llegaban

trabajadores empobrecidos pidiendo empleo a los líderes sindicales, quienes concedían trabajos temporales a cambio de apoyo político: “hombres gordos, cargados de cadenas de oro, que se pasaban el día entero bebiendo coñac mientras sus cuijes, muchachos fuertes y ganosos como El Ojón se rompían el lomo en los rústicos muelles del puerto” (27). No obstante, estos arreglos se vieron pronto interrumpidos con el recrudecimiento de la crisis, volviendo al contrabando y al robo de cargas en las alternativas más viables para la fuerza laboral del puerto. En consecuencia, estas mismas cantinas empezaron a operar más como un eje estratégico del comercio extralegal (sobre todo hurto de mercancía importada), el centro neurálgico para los trabajadores del puerto cuya falta de conocimientos técnicos era compensada por su “ingenio, el hambre y las ganas de chingar” (30).

Como el apelativo de este lugar (y título de la crónica) sugeriría, este espacio marginal es interpretado desde la perspectiva de la norma social dominante como indicador de la decadencia y corrupción moral de la ciudad portuaria. Las intrincadas descripciones que realiza Melchor, desde la caracterización del aire que se respira en este espacio como saturado por “la fragancia de los negocios clandestinos”, a las referencias de estas cantinas como envueltas por las penumbras (27), podrían sugerir de igual forma este sitio como un *locus terribilis*, un escenario urbano que comunica “a dystopian view of the modern city, in which chaos, alienation and discord prevail” (Braham, 2004: xiii). La evocación de la metrópolis del Golfo mexicano como agobiada por la criminidad, por lo tanto, comparte una marcada similitud con las atmósferas del *hard-boiled*, particularmente por el emplazamiento en una ciudad portuaria

y las icónicas expresiones de oscuridad urbana. Sin embargo, la representación que Melchor hace de este entorno social, la cual se basa en la memoria colectiva más que en el lenguaje del oficialismo, exhibe esta turbidez no como rasgo distintivo de los económicamente marginalizados sino como huella de la explotación de las clases trabajadoras por “los güeritos...gente dizque de bien que por acá salen en las páginas de sociales [...], y por acá son unos malandros” (30). Como denuncia el El Ojón, fue en realidad “esta gente riquilla [...] de ojos verdes, con sus hijos güeros” (una clara referencia a las prevalentes jerarquías coloniales que existen aún en Veracruz) quienes se beneficiarían directamente de las actividades extralegales del puerto. Al igual que los capitalistas salvajes que Harvey denuncia, es decir, aquellos que “pontifica[n] empalagosamente sobre la pérdida de sentido moral, el declive del civismo y el triste deterioro de los valores familiares y la disciplina” (2013: 226), las elites veracruzanas harían uso de esta misma retórica para legitimar la disolución del sindicato de trabajadores portuarios, la cual les permitirá reforzar su poder y acceso a los recursos del puerto. De esta manera, en 1991, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari—promoviendo un “nuevo México” de “transición democrática”—acuerta la requisita del puerto (sólo avalado constitucionalmente en caso de guerra internacional, de grave alteración del orden público o cuando se tema algún peligro inminente para la paz interior del país) citando la corrupción, el robo, la ineficacia y la explotación del puerto (Hiskey, 2003: 112). Con la requisita de los muelles de Veracruz y la privatización de las maniobras portuarias, como recuerda el Ojón:

El Cinturón del Vicio se vino pa' abajo [...] Chingo de gente perdió su chamba, su hueso en el sindicato, y de chupar Napoleón

etiqueta azul todos los días se volvieron franeleros y acabaron viviendo en la calle o pidiendo limosna afuera de los bancos y el mundo entero se les vino abajo con la movida del pelón culero este. (31)

La descripción que hace El Ojón del desastroso despojo del puerto—o al menos desastroso para las clases trabajadoras— captura perfectamente las proporciones distópicas alcanzadas durante el sexenio salinista. De 1988 a 1994, más de 150 empresas paraestatales fueron privatizadas y los remanentes del desarrollismo fueron desviados hacia una clase emergente de oligarcas, arrastrando consigo una disparidad socio-económica “comparable only to the post-independent period” (Carroll, 2016: 12). En el caso de las antiguas elites veracruzanas, como señalan Arroyo Fonseca y Rebolledo Flores, el giro neoliberal en México y su violenta economía de desposesión les garantizó no sólo contratos multimillonarios a través de la transferencia masiva de la riqueza por varios canales ocultos sino, particularmente, los beneficios derivados de grandes proyectos de infraestructura y megaproyectos que serían brutalmente implementados en la región (4435). Estos proyectos, ciertamente, fueron promovidos a través de discursos que resaltaban “technological and infrastructural development and economic growth as a way to help societies with [...] poverty alleviation and pro-poor development” (Córdoba Azcárate, 2020, 286). En línea con este discurso y casi ventrilocuando el lenguaje de goberamentalidad neoliberal, al final de crónica, Melchor expresa los esfuerzos del gobierno para transformar el puerto de Veracruz y reactivar su economía, principalmente a través de un nuevo malecón que mejorará esta área para el consumo turístico, creando empleos, brindando seguridad y estabilidad a sus habitantes. No obstante, en la

devastadora intervención de El Ojón que Melchor introduce al final de la crónica, este gesto de reestructuración espacial es comparado más bien con una apropiación de tierras neocolonial, llevando al lector de vuelta al espacio desigual del Barrio con el que la crónica abre, y por ende, presentándolo como parte de la trayectoria cíclica de la acumulación capitalista:

Esos pinches españoles lo único que quieren es chingar al pueblo y que al centro se lo lleve la chingada. Quieren que el puerto se parezca a Miami o no sé qué pedo pero yo te digo que uno de estos días el pueblo se va a cansar. En aquel entonces también vivíamos bien jodidos, pa' que te miento, pero al menos vivíamos contentos y teníamos dónde chingarlos nuestras chelas a toda madre y cotorrear sin que nadie nos hiciera menos por ser obreros. (31)

La profética visión del cercano futuro de Veracruz del El Ojón que se articula en la crónica, aludiendo al “ajuste espacial” (en inglés *spatial fix*²) por venir, registra las desastrosas condiciones del presente como parte de un largo continuo de depredación que, aunque enarbolada por una nueva casta de conquistadores, abrirá el paso a desposesión de las clases populares de la tierra y el acceso a sus recursos. Presentando así un aplanado horizonte en donde el saqueo histórico (representado por los españoles) y las desregulaciones económicas del neoliberalismo coexisten para otorgar al capitalismo

² El “ajuste espacial” se refiere al proceso a través del cual las recurrentes crisis de sobreacumulación del capitalismo son resueltas, al menos por un tiempo, a través de la reorganización espacial y la expansión geográfica (Harvey 1982), es decir, a través de la incorporación de más territorio del planeta al ámbito del capital; la transformación de relaciones de producción y formas de vida en una escala planetaria; y la creación de un expandido y mejorado entorno construido que permita sostener y mejorar la habilidad del sistema para acumular riqueza (Schoenberger, 2004, p. 429).

global con nuevas reservas de materias primas (la reserva del turismo aún por explotar), el pasaje final de la crónica prefigura la destrucción presente y futura como determinada por estas viejas/nuevas lógicas extractivas. Sólo unos años más tarde, al momento de la publicación del libro, la portentosa acusación del El Ojón será vista en pleno vigor con el malecón de Veracruz convertido en una fosa común y el sector de hidrocarburos finalmente abierto a la inversión extranjera—una revolución en el sector notablemente denominada “Salvando a México”. No obstante, señalando ya la violencia que pronto lo consumiría todo y abriría el territorio a una nueva clase de empresarios—encapsulada con el título de la crónica que cierra la colección “Veracruz se escribe con Z”—la crónica de Melchor pone la atención sobre estos negocios criminales (en el sitio original del colonialismo de conquistadores) como siempre ya inscritos en, y necesarios para, la trayectoria predatoria del capitalismo.

Las crónicas de Melchor ponen en manifiesto no sólo por qué este emplazamiento geográfico ha sido recalibrado como el epicentro de los males que aquejan la nación sino, particularmente, porqué este terreno ha sido un sitio privilegiado para trazar las profundas fallas del capitalismo global. Como argumenta Charlotte Whittle en una reseña reciente de la novela *Morir en el Golfo* (1985) de Héctor Aguilar Camín—un texto centrado en el criminal fracaso de un estado post-revolucionario sostenido por el petróleo—el título de este thriller policiaco sugiere que el asesinato se encuentra ya impreso sobre el paisaje del Golfo y está destinado a repetirse (2016). Las cicatrices dejadas por la petrolización mexicana en los paisajes de la costa y la magnitud de la crisis actual, como Whittle sugiere, muestran que el *noir* continúa siendo un género productivo para explorar el “intricate maze of links between crime and power”

(2016). Las preocupaciones formales que surgieron durante un periodo específico de la historia literaria de América Latina, principalmente, cómo representar el caos que la violencia estaba causando en todo el hemisferio más allá de la “tyranny of breaking news that trivializes criminal violence” (Castellanos Moya cit. en Luna Sellés, 2020), son por lo tanto entrelazadas en las crónicas negras de Melchor para ofrecer una perspectiva escéptica sobre crisis del presente. En *Aquí no es Miami*, por lo tanto, se observa un esfuerzo consciente por exponer los impulsos económicos del capitalismo como causa oculta de la reestructuración catastrófica y radical de estos territorios, los cuales, al momento de publicación, se desplegaban con brutalidad bajo el engañoso término de “guerra contra el narcotráfico”. Enfocándose en estos ambientes peri-urbanos en donde los procesos de acumulación capitalista son implementados por medio la coerción y el saqueo, las crónicas permiten al lector vislumbrar las capas de misterio que cubren la extendida explotación que se ejerce en estos espacios. Por lo tanto, contrario a la puesta en escena de una violencia inhumana y deshumanizante hecha por los medios de comunicación dominantes, los paisajes trazados en las crónicas negras de Melchor registran productivamente los instintos criminales del capitalismo que se ocultan detrás del espectro del narcotráfico, usualmente invocado como único culpable.

Bibliografía

- Aguirre, J. C. (2016). “In the Province of Politics: Narrating Endemic Violence and State Crisis in the Twenty-First Century Mexican Chronicle”. *The Global South*, 10, 1, 9-39.
- Aguirre, J. C. (2015). “Violencia en términos inciertos: anécdota y anonimato en la nueva crónica mexicana”. *Textos Híbridos. Revista de Estudios sobre Crónica y Periodismo Narrativo*, 4, 1, 56-87.
- Anderson, M. (2016). “The Grounds of Crisis and the Geopolitics of Depth”. En Anderson, M. y Bora, Z.M., *Ecological Crisis and Cultural Representation in Latin America* (pp. 99-124). Lanham: Lexington Books
- Bencomo, A. (2016). “Acapulco: del tropicalismo a la distopía urbana”. *Telar: Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*, 11, 17, 25-37.
- Braham, P. (2004). *Crimes Against the State, Crimes Against Persons: Detective Fiction in Cuba and Mexico*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Carballo, K. (2019). *Mala bora*. XVIII Bienal de Fotografía.
- Carroll, A.S. (2016). *REMEX: Toward an Art History of the NAFTA Era*. Austin: University of Texas Press.
- Casanova-Vizcaíno, S y Ordiz, I. (2018). *Latin American gothic in literature and culture*. New York-London: Routledge.
- Cowen, D. (2014). *The deadly life of logistics: Mapping violence in global trade*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Davis, M. (1990). *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*. New York: Verso.
- Deckard, S. y Shapiro, S. (2016). *World Literature, Neoliberalism and the Culture of Discontent*. London: Palgrave.
- Dove, P. (2012). "Literary Futures: Crime Fiction, Global Capitalism and the History of the Present in Ricardo Piglia". *A Contracorriente*, 10, 1, 18-36.
- Espinosa Estrada, G. (2013). "Un OVNI como excusa de lo real". *Letras Explícitas*. Recuperado de <http://letrasexplicitas.mx/un-ovni-como-excusa-de-lo-real/>. Fecha de consulta: [3/06/20].
- Gordon, A. (2008). *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Grayson, G. (2004). "Mexico's Semicorporatist Regime. En Wiardía, H.J.", *Authoritarianism and Corporatism in Latin America-Revisited*. Miami: University Press Florida.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hiskey, J. (2003). "Political Entrepreneurs and Neoliberal Reform in Mexico: The Salinas Requisa of the Port of Veracruz". *Latin American Politics and Society*, 45, 2, 105-132.
- Jørgensen, B. (2011). *Documents in Crisis: Nonfiction Literatures in Twentieth-Century Mexico*. New York: SUNY Press.
- Lazzarato, M. (2011). "The Making of the Indebted Man: An Essay on the Neoliberal Condition". Los Angeles: Semiotext(e).
- Lucas, Julian. (2020). "A Mexican Novel Conjures a World Tinged with Beauty". *New York Times*. Recuperado de:

<https://www.nytimes.com/2020/03/31/books/review/hurricane-season-fernandamelchor.html>. Fecha de consulta: [21/09/2020].

Luna Sellés, C. (2020). “Moronga by Horacio Castellanos Moya and the Divergence of Latin American Noir”. *Forum for Modern Language Studies*, 56, 3, 347-365.

Majstorovic, G. (2021). *Global South Modernities: Modernist Literature and the Avant-Garde in Latin America*. Maryland: Lexington Books.

Melchor, F. (2013). *Aquí no es Miami*. Ciudad de México: Almadía.

Melchor, F. (2017). *Temporada de huracanes*. Ciudad de México: Random House.

Melchor, F. (2018). *Aquí no es Miami*. Segunda edición. Ciudad de México: Random House.

Mezzadra, S. y Neilson, B. (2017). *La frontera como método*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Miklos, A. (2020). “Noir Geographies in Chronicles of Central Americans Crossing Mexico:

Los migrantes que no importan by Óscar Martínez”. *Revista de Estudios Hispánicos*, 54, 1, 25-48.

Noah, Will. (2020). The Part About the Crimes. *The Baffler*. Recuperado de <https://thebaffler.com/latest/the-part-about-the-crimes-noah>. Fecha de consulta: [3/11/20].

Oloff, K. (2016). “The “Monstruous Head” and the “Mouth of Hell”: the Gothic Ecologies of the “Mexican Miracle””. En Anderson, M. y Bora, Z.M., *Ecological Crisis and Cultural*

Representation in Latin America (pp. 79-98). Lanham: Lexington Books.

- Ortuño, A. (2020). “Aún hay mucho que decir sobre el trópico negro”: Entrevista con Fernanda Melchor”. *Revista Universidad*. Recuperado de: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articulos/0abac055-4672-4847-8781-5f55b462d42c/aun-habia-mucho-que-decir-del-tropico-negro>. Fecha de consulta: [5/06/21].
- Palmer, B. D. (1997). “Night in the Capitalist, Cold War City: Noir and the Cultural Politics of Darkness”. *Left History* 5, 2, 57-76.
- Poblete Alday, P. (2018). Fantasmas y muertos vivientes en la crónica latinoamericana contemporánea: de la ficción fantástica a la necropolítica. En Mazzotti, J.A., *Cornejo multipolar: Antonio Cornejo Polar y la crítica latinoamericana*(pp. 219-234).. Boston; Salem; Lima:RCLL; Axiara y Amle.
- Poblete Alday, P. (2019). “Crónica narrativa latinoamericana actual: los límites de lo real”. *Literatura y Lingüística*, 40, 95-112.
- Poblete Alday, P. (2020). “Crónica narrativa contemporánea: enfoques, deslindes y desafíos metodológicos”. *Literatura Mexicana*, 31, 133-153.
- Peregalli, Al. (2020). “Finance, Extraction and Logistics as Axes of the Third Neoliberal Moment in Latin America”. *Work Organisation, Labour & Globalisation*,13, 1, 47-78.
- Polit-Dueñas, G. (2019). *Unwanted Witnesses. Journalists and Conflict in Contemporary Latin America*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Pitt-Scott, H. (2020). “Offshore Mysteries, Narrative Infrastructure: Oil, Noir, and the World- Ocean”. *Humanities*, 9, 3, 1-15.

- Ramírez-Pimienta, J.C. y Villalobos, J.P. (2010). “Detección pública/detección privada: El periodista como detective en la narrativa policiaca norfronteriza”. *Revista Iberoamericana*, 26, 231, 377-391
- Rinaudo, C. (2014). “Mestizaje and Ethnicity in the City of Veracruz, Mexico”. En Cunin, E. y Hoffman, O., *Blackness and Mestizaje in Mexico and Central America*. Toronto: Africa World Press.
- Sánchez Prado, I. (2020). “Fernanda Melchor’s *Hurricane Season*: A literary triumph on the failures of Mexican modernization”. *Words Without Borders*. Recuperado de: <https://www.wordswithoutborders.org/book-review/fernanda-melchors-hurricane-season-aliterary-triumph-ignacio-m-sanchez-pra>. Fecha de consulta: [21/09/20].
- Sierra, M. (2017). “Spectral Spaces: Haunting in the Latin American City”. En González, J.E., y Robins, T.A., *Urban Spaces in Contemporary Latin American Literature*. London: Palgrave.
- Sheridan, T. E. y McGuire, R. H. (2019). *The Border and its Bodies: The Embodiment of Risk along the U.S.- México Line*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Tovar Cabañas, R. 2009. “La idea del desastre en los medios masivos de comunicación”. *Espacios Públicos*, 12, 24, 176-188.
- Trela, B. (2020). “Blowin’ in the Wind. On Fernanda Melchor’s *Hurricane Season*. *The Brooklyn Rail*. Recuperado de <https://brooklynrail.org/2020/05/books/Blowin-in-the-Wind-On-Fernanda-Melchors-Hurricane-Season>. Fecha de consulta: 23/09/20].
- Vidler, A. (1992). *The Architectural Uncanny: Essays in the Modern Unhomely*. Cambridge, Mas: MIT Press.

Wallace, M. and Boullosa, C. (2015). *A Narco History: How the United States and Mexico jointly created the Mexican Drug War*. New York: OR Books.

Whittle, C. (2016). “Mexican Noir: Death in Veracruz. Reading in Translation”. Recuperado de <https://readingintranslation.com/2016/02/17/mexican-noir-death-in279veracruz-by-hector-aguilar-camin-translated-by-chandler-thompson/>. Fecha de consulta: 18/01/21].

Wood, T. (2021). “AMLO’s Austerity”. *New Left Review*. Recuperado de <https://newleftreview.org/sidecar/posts/amlos-austerity>. Fecha de consulta: [25/01/21].